



**RAFAEL PALMERO RAMOS  
OBISPO DE ORIHUELA-ALICANTE**

**«LA LUZ BRILLA EN LA TINIEBLA,  
Y LA TINIEBLA NO LA RECIBIÓ» (Jn 1,5)**

La luz de que nos habla san Juan evangelista esclarece los relatos bíblicos que narran el nacimiento de Jesucristo y todo lo que aconteció antes y después de este misterio. Zacarías apunta a una alborada preñada de Sol resplandeciente: «Por la entrañable misericordia de nuestro Dios, nos visitará el Sol que nace de lo alto, para iluminar a los que viven en tinieblas y en sombra de muerte, para guiar nuestros pasos por el camino de la paz» (Lc 1,78-79). No le va a la zaga el anciano Simeón, cuya vida colmada de años alcanza la plenitud de su sentido al contemplar aquel Niño en brazos de María: «Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz, porque mis ojos han visto a tu Salvador, a quien has presentado ante todos los pueblos, luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo, Israel» (Lc 2,29-32).

Con más de 700 años de adelanto, mediado el siglo VIII a.C., el profeta Isaías alzó su voz jubilosa y esperanzada: «El pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande; habitaban tierra de sombras, y una luz les brilló... Porque un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado» (Is 9,1.5). Esta luz acariciada por los profetas, hacia la que volvieron sus ojos de fe los ancianos Zacarías y Simeón, no es otra que la LUZ, con mayúscula; la LUZ que arde sin consumirse –como la zarza– en el Rostro de quien dijo:

«Yo soy la luz del mundo: el que me sigue no camina en las tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida» (Jn 8,12). Luz y vida unidos, puesto que creer en Jesús es olvidar la oscuridad del pecado y vivir en comunión con Dios.

A nadie mejor que a la Virgen María pueden aplicarse estas palabras, sencillas pero llenas de significado, de san Lucas: «Y mientras estaban allí, le llegó el tiempo del parto y dio a luz a su hijo primogénito» (Lc 2,6-7). De hecho, aquella noche, la joven doncella de Nazaret no sólo dio a luz en Belén, sino que nos regaló la Luz. Aquel niño revestido de nuestra carne, envuelto en pañales y recostado en un pesebre, evidenciaba que Dios cumple sus promesas, que Dios es fiel a su alianza, y que había llegado la salvación tan anhelada por el pueblo de Israel. Las lágrimas y balbuceos infantiles mostraban la sonrisa de un Dios que suavemente susurra: «¿Es que puede una madre olvidarse de su criatura, no conmoverse por el hijo de sus entrañas? Pues aunque ella se olvide, yo no te olvidaré» (Is 49,15).

En la grandeza de este misterio, que sólo una mente y un corazón arrodillados pueden atisbar aunque nunca comprender del todo, descubrimos que misión nuestra es convertirnos en luz, que ilumine nuestro camino y oriente los pasos de los hermanos. «Que esa luz –escribe A. Pronzato– nos penetre íntimamente, nos transforme, nos haga tan lúcidos y transparentes que la gente, al mirarnos, quede deslumbrada, sintiendo todo el encanto y el atractivo de esa luz sobrenatural». Misión nada fácil en este siglo que nos envuelve, herido en lugares del planeta por las tinieblas de la guerra, la explotación infantil, el desprecio hacia las mujeres, la avaricia y el placer desaforados, que siguen sin ofrecer el pan a millones y millones de lázaros que ven repletos de viandas muchos manteles blancos...

¡Necesitamos luz, Señor! ¡Necesitamos tu Luz, que guíe nuestros pasos y que, al compás de nuestro caminar, disipe la oscuridad que campa a sus anchas! Donde hay luz, las tinieblas huyen despavoridas; donde Cristo nace, muere la muerte y está la Vida; donde un Niño llora, acurrucado junto a su Madre virgen, sonrío todo un Dios que se recrea acariciando el regalo que hace a hombres y mujeres, capaces de descubrir el verdadero significado de la Navidad.

«Nuestro Salvador ha nacido para todos –nos recuerda el Papa Benedicto XVI–. Tenemos que proclamarlo no sólo con las palabras, sino también con toda nuestra vida, dando al mundo el testimonio de comunidades unidas y abiertas, en las que reina la hermandad y el perdón, la acogida y el servicio recíproco, la verdad, la justicia y el amor» (25.12.2006).

A handwritten signature in black ink, consisting of a small cross symbol followed by the name 'Rafael' in a cursive script.

+ Rafael Palmero Ramos  
Obispo de Orihuela-Alicante